

SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS EN LA CATEDRAL DE TOLEDO

Viernes Santo, 6 de Abril de 2007

PRIMERA PALABRA: «PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN».

Señor Cardenal, señor Obispo Auxiliar, señor Deán y Cabildo primado. Señores Presidentes de las Hermandades y Cofradías. Señor Concejal y Corporación municipal. Hermanos cofrades, hermanos y hermanas:

Nos reunimos, guiados por el Papa, fijando nuestra mirada en Cristo Crucificado. Esas palabras nos llegan al corazón, y son palabras que nos abren el Corazón del Señor.

Ante las injurias, las blasfemias y burlas del pueblo, de los sacerdotes, de los compañeros de suplicio, por toda respuesta Jesús se recoge en silencio profundo. Actitud humilde de Cristo humillado, desnudo, sin nada, más que su amor y su vida ofrecidos al Padre en holocausto. Sacerdote de la humanidad, está ofreciendo el sacrificio supremo, cargado en su corazón con esas injurias, solidarizado con los mismos que le están atormentando. Está ante el Padre. Jesús muere rezando, en unión con el Padre, a quien ama infinitamente y cuya ofensa le destroza el corazón. Tiene un respeto religioso impresionante. El mismo centurión queda impresionado.

Y de su corazón se levanta irresistible hasta el Padre un grito de oración y de perdón, por encima de todos los insultos y blasfemias: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»*. Amor y confianza incommovible, filial. Lo que Jesús pide no es un simple perdón arbitrario, sino perdón por esos pecados que Él expía, y pide perdón para ellos. La obra de la Redención es un rescate de todos nosotros para volvernos a la dignidad de verdaderos hijos de Dios. *«Nos reconcilió por la sangre de Cristo»*. Es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, llevándolo Él.

Perdón para todos. Esa sangre de Jesús está clamando no venganza, sino perdón. *«Sangre derramada para el perdón de los pecados»*. Perdón para los verdugos ante todo, para los sacerdotes, para Anás y Caifás, para los que le han entregado, para los que manejan la multitud. Perdón para Pilatos, para Herodes. Perdón para Simón Pedro, y para Judas, que le ha traicionado. Perdón para ti, y para ti, y para mí. *«Perdónanos, Padre, por la sangre de Cristo»*.

«Porque no saben lo que hacen». Jesús, manso y humilde de corazón, siempre excusa y perdona. No dice que no pecan, porque si no, no tendría que pedir perdón. Pide perdón, pero al mismo tiempo atenúa en lo posible. Y es verdad que no saben todo lo que están haciendo. En primer lugar, los soldados, pero tampoco los enemigos de Jesús saben lo que hacen. Todos aquellos por los que Él sufre, tampoco saben lo que hacen. Tú no sabes lo que haces cuando blasfemas, cuando escandalizas, cuando traicionas, cuando odias, cuando reavivas las heridas vitales, cuando te avergüenzas y niegas la fe. El mal mismo que vivimos en proporciones industriales, de violencia, guerras crueles, campos de concentración, violencia de derechos fundamentales de personas y familias..., *«no saben lo que hacen»*, la monstruosidad que introducen en la humanidad.

Y la Virgen, con el corazón destrozado, se une maternamente a la oración de Jesús. Ha llegado la hora de la intercesión por los pecadores. *«Perdónales –dice Ella también–, que no saben lo que hacen»*, y lo dice viendo a su Hijo morir en sus manos.

Lección importante para nosotros, ¡tan difíciles en perdonar!, en olvidar las injurias que nos hacen, que para ello tenemos una memoria imborrable. El Señor nos

muestra cómo hay que perdonar aun a los que nos quitan la vida. Todos los mártires lo han aprendido. Ningún mártir lo sería si no perdonara a los que le martirizan. Ahí está la grandeza del amor. Es lo que Jesús nos enseña con su ejemplo, no solo con su palabra, es: *«Haced bien a los que os injurian, amad a vuestros enemigos»*.

Nos acercamos en este momento a esa sangre que corre a lo largo de la cruz de Jesús, nos llenamos de ella para que nos purifique. Y unimos a la voz de Cristo, pidiendo perdón para el mundo, ofreciendo también nuestro perdón. Hoy, este Viernes Santo, nadie debe bajar del Calvario sin recibir perdón y sin perdonar. Yo os pido a todos, a todas, que este Viernes Santo os perdonéis también, que os unáis a ese perdón del Señor, que no quede en el corazón mancha de resentimiento. Perdón como el de Cristo, a todos. Perdonarnos todos, todo. Que bajemos con el corazón purificado y abierto, porque la palabra de Cristo nos ha hecho caer en la cuenta de que no sabemos lo que hacemos.

¡Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros!

¡Madre dolorosa que perdonas sin límites, intercede por nosotros y perdónanos también!

SEGUNDA PALABRA: «HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO».

Jesús crucificado entre ladrones. Todos somos crucificados condenados a muerte. Nosotros podemos estar a la derecha o a la izquierda según nuestra postura de corazón ante Cristo crucificado.

El buen ladrón fue crucificado con ánimo malhechor, y al principio blasfemaba como su compañero contra aquel falso mesías salvador, que no era capaz de salvar su vida temporal ni la de ellos. Todos tendemos a hablar mal de Dios cuando no nos conserva la vida temporal y el bienestar.

Jesús, contemplado ahora en su oración silenciosa, empieza a disipar las tinieblas de la ignorancia de Dios, y aquel ladrón deja de proferir blasfemias, y comienza a levantar el pensamiento hacia Dios. ¿Cómo no elevar el pensamiento hacia Dios cuando se tiene ante los ojos a Cristo crucificado?

Y entonces se escucha el grito fuerte de Jesús: «*¡Padre, perdónales!*». Esa palabra de perdón debió de llegar al fondo de aquel corazón ya dispuesto, y debió de pensar: «Si hasta el pecado de los verdugos puede ser perdonado, ¿no podrá ser perdonada mi vida criminal?». Dios ahora se le presenta como verdadero Salvador, ofreciendo el perdón, no la sola vida temporal. Dios viene a su encuentro para perdonarle, y ofrecía su sangre para el perdón de sus pecados. Conquistado por esa actitud religiosa de Jesús, se rinde a la luz. La rebelión en él cede el paso a la sumisión, que es el gran signo de la conversión, y se abre al reconocimiento de sus pecados, y proclama dirigiéndose a su compañero: «*¿Cómo?, ¿ni tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Y nosotros padecemos lo que hemos merecido*», y continúa: «*pero este, ¿qué mal ha hecho?*».

Hermanos, nuestra cruz no es el misterio; la hemos merecido. ¡La Cruz de Cristo es el verdadero misterio! ¿Por qué Jesús sufre así? ¿Por qué ha sufrido tanto por mí? «*¿Qué mal ha hecho?*». ¿Por qué Jesús así? Es el misterio del Amor que, inocente, se hace pecado para obtener la salvación y la reconciliación con Dios.

Y entonces se refugia en el Corazón de Jesucristo. En un fresco del claustro de la catedral de Vich, Sert ha presentado bellamente este momento como un coloquio íntimo del ladrón pegado al oído de Jesús. «*Jesús –le dice–, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*». Oración preciosa, llena de confianza y humildad. Viendo a Jesús crucificado ha comprendido la Misericordia de Dios. Toda una vida criminal queda pulverizada por la grandeza de esa contrición y de esa confianza. ¡Cuánto amor! ¡Cuánta inteligencia del misterio de la Cruz! Ha perdido la vida en crímenes, le quedan pocas horas de vida. Cree, confía y se abandona. Y no le pide nada en concreto. Le está viendo morir y cree en su reino. ¡Qué consuelo para Jesús en la dispersión de sus apóstoles! Si un apóstol se había vuelto ladrón, ahora un ladrón se ha vuelto apóstol.

Y Jesús le contesta: «*En verdad, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*». Es un nuevo matiz de la Redención. No debemos verlo solamente como actos sucesivos, sino como revelación de aspectos de la Redención. La Redención es perdón, sí, pero para estar con Cristo. Es el amor que acoge al hijo pródigo, que recibe al malhechor que está pagando en el patíbulo lo que ha merecido por su vida de crímenes. Por la Redención de Cristo somos admitidos a la unión con el Señor, y esa unión con Cristo es el paraíso. Jesucristo no se deja vencer en generosidad. No solo le dice que tendrá alguna parte en los bienes eternos, sino que entrará en el reino, y *hoy mismo*. El buen ladrón, obrero de la última hora, recibe el primero su premio. Ese paraíso lo ha merecido recorriendo con carrera veloz un camino que, ordinariamente, requiere años enteros de fidelidad a la gracia. Ya colgado más en la cruz de Cristo que en la suya, la cruz de ladrón se convierte en cruz con Cristo.

Y esa palabra nos la dirige también a nosotros. Si tú contemplas y sabes escuchar su palabra de perdón y te dejas penetrar por la oblación de Cristo, si le dices de veras: «Jesús, acuérdate de mí», Él te dirá: «*Hoy estarás conmigo*, porque has creído en mi amor, has creído en la revelación de amor a través de la entrega de mi vida por ti».

TERCERA PALABRA: «MUJER, MIRA, TU HIJO».

Esta palabra de Jesús la recoge san Juan, y en su relato de la cruz viene a ser como el centro de aquella escena del Calvario.

Es otro matiz de la Redención: En la cruz se engendra una nueva humanidad, que es la Iglesia, la humanidad que ha creído en Cristo, que ha entendido, cuando está elevado sobre la cruz, que Él es el Salvador. Conmemoramos también el nacimiento de la Iglesia, la Iglesia nacida de la cruz, del costado abierto de Cristo.

La multitud que lo contempla se aburre y se va marchando. Los momentos más grandes de la historia están realizándose, y los presentes se aburren, como ahora sucede tantas veces en la Eucaristía, ¡porque no miran, ni ven!

Las mujeres con la Virgen pueden acercarse a la cruz. María no está en un sitio destacado, se pierde en la multitud. En una foto del evento habría que poner una crucecita para señalarla: «la de la crucecita es la Madre de Jesús». Está con otras mujeres. Su asociación a la Pasión, tan importante, no es espectacular. La espectacularidad social no corresponde al valor de la colaboración a la Redención.

Jesús está en silencio, en su ofrecimiento sangriento: dolores físicos, morales, humillaciones... Lo ha dado todo. Y así, mira a su Madre que está allí cerca, que lo ve sufrir sin poder hacer nada para aliviarle. Y Jesús la mira –no solo le miramos nosotros, Él mira también–, y Jesús la ve, y ve junto a Ella a Juan; como nos mira esta mañana a cada uno de nosotros, entre el mundo entero, y nos ve junto a María también, Él nos mira. Y Ella, perdida en la multitud –¡solo Ella es fruto por el que valía la pena la Redención!, ¡solo Ella compensa todos los pecados, crímenes y blasfemias del mundo!–, «y dice a la Madre: *Mujer, mira a tu hijo*». Juan es Jesús. María no tiene más hijo que Jesús. Y Jesús no le dice a María: «ahí tienes otro hijo tuyo», sino: «*Ahí tienes a tu hijo*». Ese es Jesús, a quien tú engendraste. Es maravillosa esta expresión, y este es el sentido profundo que da un san Juan Crisóstomo cuando habla, siguiendo a Orígenes, de esta palabra de Jesús.

Pero al mismo tiempo, la Iglesia aparece así incorporada a Cristo, y es de la que puede decir de veras a María: «*Mira, es tu hijo*». La culminación de su obra sobre la tierra es dejar el instrumento, su Cuerpo, a través del cual Él, glorioso, continuará realizando la obra de la Redención. Pero indica al mismo tiempo, que María está colaborando a que este sea Jesús, porque *es su Madre*.

Es muy precioso el ver ese cambio de posesivo en el evangelio de san Juan. Dice que Jesús «*vio a su Madre*», «y dijo a *la Madre*». Y ahora, viendo a Juan, le dice: «*Mira tu Madre*», tu Madre. Dice la Carta a los Hebreos que «*Jesús, perfeccionado por la Pasión, es proclamado sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec*». Podemos decir de manera análoga que María, en el colmo de su terrible dolor, y a través de él y de su soledad, es proclamada por Jesús *Madre*, ¡la Madre, Madre nuestra! Es el momento supremo. María, creciendo cada vez más en su misericordia de madre, en su amor materno, llega a este momento culminante. ¡La Dolorosa, madurada por la Pasión!, por su compasión con Cristo, y es proclamada Madre de la nueva humanidad, del nuevo Israel, Madre de la Iglesia y de cada uno de nosotros.

Y a Juan, representante de la humanidad regenerada, nueva, le dice: «*Mira tu Madre*», *mira tu Madre*, es de verdad tu Madre. No solo: «trátala como si fuera tu Madre, considérala como Madre, acógela como si fuera así», sino que *es tu Madre*, ¡es tu Madre! «Y desde aquella hora la tomó el discípulo entre lo suyo». De María no se nos dice que tomó a Juan como hijo, no hace falta decirlo, porque María ha dado su sí de veras y sin límites.

Es el testamento de Jesús. Tenemos que recibirlo también nosotros. De cada uno de nosotros dice: «*Mira tu hijo*», y a cada uno de nosotros nos dice: «*Mira tu Madre*». Desde este momento tenemos que tomarla así, como entre lo nuestro, y renovar nuestra relación filial con María, nuestra aceptación de María con lo que nos constituye discípulos de Cristo. Podemos preguntarnos si aceptamos este testamento de Jesús y si cumplimos con María nuestro deber de hijos.

CUARTA PALABRA: «DIOS MÍO, DIOS MÍO ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?».

Palabra misteriosa para nosotros, que nos alienta en nuestras oscuridades porque Él las ha querido pasar.

Jesús inicia el salmo 21, salmo inspirado por Dios, para que los fieles angustiados se sirvan de él, renueven su confianza. Entonces es cuando clama el comienzo del salmo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*». Es la recitación del salmo, que Jesús reza entero. En su oración personal siempre llama: «Padre, Padre», no llama: «Dios mío». Es salmo mesiánico, por otra parte. Se refería a este momento de Jesús por excelencia. Gritando ese salmo, realiza lo que en él se anuncia, como hizo en Nazaret cuando decía: «*Hoy se ha cumplido este anuncio de Isaías*». Aquí viene a decir: «Hoy se realiza este salmo».

Revelación del Corazón del Señor. Si no tuviéramos ese grito de Jesús podríamos pensar que Jesús interiormente no sufría, que llevaba los dolores y la pasión con gozo, como tantos mártires en el martirio. En Jesús hay una situación y estado interior que nosotros no podemos entender, pasa esa negrura de ese momento tan oscuro, su actuación mesiánica cargado con el pecado del mundo. «*Toros de Basán me están embistiendo por todas partes*». Solo la inminencia de este momento le turbaba. Tres veces habla Juan de la turbación de Jesús, siempre en relación con el recuerdo de este momento.

Jesús pues, físicamente deshecho, moralmente sin honor, humillado, despreciado, con su Madre a sus pies, Cordero de Dios que lleva el pecado del mundo, está como enfangado en el pecado del mundo que le ahoga y que le oprime. Y entonces mira ansiosamente, como un náufrago en medio de las olas de egoísmo y de las burlas, y levanta sus ojos al Padre, y confiando en Él, clama su estado interior de soledad. Corresponde a la agonía de Getsemaní, donde Jesús anuncia su tristeza, su temor, su angustia.

No hay una desesperación total, como si aquí Jesús mostrara un estado de desesperación. Jesús se sintió abandonado por nosotros. Él nos puede dirigir a nosotros esa queja: «Hijo, ¿por qué me has abandonado?». «*Todos, abandonándole, huyeron*». ¿Por qué me has abandonado? Judas, ¿por qué me has abandonado? Pero de ninguna manera el Padre le abandonó. No es que el Padre sea duro con Él. No tenemos que presentar al Padre como cruel, deleitándose en el sufrimiento del hombre. ¡El Padre nunca ha abandonado a Jesús! Al revés, Jesús era consciente de que el Padre le miraba siempre con infinita ternura. «*Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida*», había dicho Jesús. El Padre podía haber impedido la muerte de su Hijo, y eso lo afirma el mismo Jesús cuando dice: «*¿Crees que no puedo rogar a mi Padre, y pondría inmediatamente a mi disposición más de doce legiones de ángeles?*», pero no lo hace, no lo pide, no lo pide. «*El cáliz que me dio mi Padre, ¿no lo voy a beber?*». La obra suprema de la Redención la realiza Jesús, no echándose atrás, no evitando la muerte, sino bebiendo el cáliz con la fuerza de su amor y asumiendo la muerte misma amando. En la agonía de Jesús, el Padre le ama, pero no le quita el cáliz, sino le conforta para beberlo. Y en este momento reafirma la fidelidad plena al Padre, la confianza filial en el Padre.

A esta situación interior tenemos que acercarnos con infinita confianza y respeto, mientras escuchamos esa palabra de Jesús. La escuchamos con los oídos de la Virgen, con su cercanía de amor a Él, con su asociación al dolor de Cristo, que es la presencia del pecado en su Corazón, donde se solidariza con nosotros. Le pedimos al Señor que nos asista en nuestras oscuridades interiores. El dolor hace que a uno le parezca sentirse abandonado por Dios, que se pregunte: «¿Dónde está Dios?». Es el momento de

superación divina del dolor por el amor y la confianza, la transformación del buen ladrón, de desesperado, en colaborador en la Redención del mundo.

«*Y oyéndole, algunos de los presentes se burlaban de Él*». Es lo más doloroso: que Dios ame, y nosotros nos burlamos de su amor. Decía Jesús a la beata Ángela de Foligno: «*Yo no te he amado de broma*». ¿No hemos tomado a veces en broma el amor de Jesucristo?

QUINTA PALABRA: «TENGO SED».

¿Qué quiere decir esa sed de Cristo? Desde luego, esa voz resuena en el Calvario. María está allí cerca, pero no le pide a su Madre, pide a los soldados, a los pecadores, a todos nosotros: «*Tengo sed!*».

Se apoya en una sed material de Jesús, predicha en el salmo 21 y en el salmo 68. Esa sed debió de ser extrema: su lengua partida, sus labios resecos, el paladar como una teja. Sed tremenda. Era un tormento para Él en ese momento esa sed que le abrasaba, y Él grita esa sed.

Pero gritando esa sed, grita otra sed más profunda. La sed ardiente de Jesús es sed de que Dios sea conocido, de que amen a Dios. ¡Sed de dar el agua viva! Sed del don del Espíritu Santo. En el evangelio de san Juan, la sed está unida al Espíritu Santo. Recordamos la escena de la samaritana, cuando Él dice a aquella mujer: «*Mujer, dame de beber*», luego le dice: «*Si conocieras el don de Dios, tú le pedirías y Él te daría un agua viva*»; y también dice: «*Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba. Y hablaba del Espíritu que recibirían los que creyeran en Él*». Sed pues, interior, de comunicar el Espíritu Santo para que el hombre ame a Dios de manera digna de Dios, que sea una respuesta digna del amor infinito de Dios.

San Juan une esta palabra a la dirigida a su Madre y al discípulo, a esa Iglesia que está al pie de la cruz, tiene sed de darle el Espíritu Santo. Como en el Génesis, cuando Dios crea al hombre, lo forma del barro de la tierra y luego le infunde su aliento, la vida, aquí también, formada la Iglesia, quiere infundirle el Espíritu Santo a esa humanidad regenerada. Ha sido la misión de Cristo, y en verdad san Juan Bautista lo había anunciado así: «*Este es el que bautiza en el Espíritu Santo*». Y Cristo glorificado va a ser dador del Espíritu Santo. Pero ese bautismo, ese don de Pentecostés no es algo que pudiera hacerse en cualquier momento, como si fuera una cuestión cronológica, sino que es fruto de la muerte de Cristo en la cruz. «*Si Yo no voy –si no muero en la cruz–, no vendrá a vosotros el Espíritu*». Y mostrándose a los discípulos la tarde de pascua, «*les muestra las manos y el costado, y alentando sobre ellos, les comunica el Espíritu Santo*».

Es pues, otro matiz del acto redentor: perdón de los pecados, unión con Cristo, generación nueva, y comunicación del Espíritu Santo al mundo.

Pero esa palabra se dirige a cada uno de nosotros: «*Tengo sed*», sed de tu fe, de tu amor, de tu entrega, de unirme conmigo en la vida eterna. ¡Tengo sed de entrar en ti!, ¡de inundarte de Espíritu Santo! Tiene sed de que la criatura tenga sed de ti. «*Si conocieras el don de Dios, tendrías sed y lo pedirías, y Él te lo daría*». Nosotros, un poco como la samaritana, podríamos decirle: «*Pero Señor, ¿cómo me vas a dar el agua, ¡si Tú tienes sed!, si tienes sed ardiente?*». La sed de Cristo es la sed de la fuente, y si una fuente tuviera sed, tendría sed de que vinieran a beber del agua que mana de ella. Sed de derramar en ti la vida divina. Sed de que dejes paso en tu corazón y en todo tu ser a la misericordia de mi Corazón que ansía derramarse en el mundo. ¿Podrá decirte también el Señor: «*Tuve sed y no me diste de beber*»?

SEXTA PALABRA: «TODO ESTÁ CUMPLIDO».

Llegamos al final del amor. En el comienzo del capítulo 13, al abrir la última Cena, dice san Juan: «*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*». Y esto es el fin. «*Todo está terminado*», ya he amado hasta el extremo. La Redención es obra de amor y manifestación de amor. «*Todo está cumplido*», todo lo que el Padre me encomendó está hecho. Lo recoge el evangelista para recalcar que la muerte de Jesús no fue un accidente que ocurre y corta la vida, sino que Jesús da la vida, llevando hasta el extremo su amor.

Se cumple todo el Antiguo Testamento, la ley y los profetas se han cumplido. La manifestación del amor de Dios culmina en este momento supremo para abrirse a una vida nueva. Es la coronación de toda la Historia de la Salvación: se cumple la promesa de Abrahán, la figura de Isaac, se cumple la pascua, con el cordero y la sangre puesta en las puertas de los hebreos, se cumple la alianza del Sinaí en la nueva Alianza, se cumplen lo que estaba escrito, las profecías. Todo culmina en Cristo crucificado, en que se abre una vida nueva, la Vida Nueva. Se ha cumplido también el plan de Dios sobre la vida de Jesús: desde que fue concebido, desde que nació en Belén, desde que se quedó en el templo, a través de toda la vida oculta y de la vida pública, desde que fue a bautizarse al Jordán, las tentaciones del desierto, la predicación, el testimonio de la verdad, todo lo ha seguido fielmente. «*Todo está cumplido*».

Y se lleva a término el amor de Jesús, en la doble vertiente de amor al Padre en obediencia filial, y de amor a los hombres hasta el fin. Obediencia al Padre, porque he cumplido la misión que Él me encomendó, he cumplido la obediencia hasta dar mi vida, «*porque esta orden la he recibido de mi Padre*». «*Para que el mundo conozca que amo al Padre y que como el Padre me encargó, así lo hago*», y sale para la pasión. Y esta orden la ha llevado a término hasta el fin. Y está cumplida la medida del amor a los hombres. Juan comenzaba así el capítulo 13: «*Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo*».

Las dos cosas coinciden, porque la orden que le da el Padre no es una orden puramente exterior, sino la comunicación en su mismo Corazón, de la voluntad del Padre, de que dé su vida por los hombres, por la humanidad, por cada uno de nosotros. Y se le comunica con el amor a ellos, de manera que el cumplimiento de la voluntad del Padre es, al mismo tiempo, la exigencia de su propio amor. Tiene tal amor a los hombres, que le lleva a dar su vida por ellos. Es la ley interna de la caridad, es la nueva Alianza, que se realiza primero en el Corazón del Señor; esa Alianza del hombre con Dios, ese corazón nuevo que Él después, por la inmolación de la cruz, nos comunicará a nosotros, ese Corazón que se abrirá en la cruz y que se comunica a la humanidad para que también los hombres cumplan la voluntad del Padre desde la transformación de su propio corazón por el don y la acción del Espíritu Santo.

¡Es grito de victoria de Cristo: «*Todo está cumplido*»! La obra de la Redención está hecha, solo falta la glorificación de Cristo. ¡Oh, qué muerte tan digna! –nosotros que hablamos del derecho a morir dignamente–, muerte del Hijo de Dios.

SÉPTIMA PALABRA: «PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU».

Es la última palabra de Jesús, la recoge san Lucas. Jesús muere entregando su espíritu en las manos del Padre. De nuevo aparece Jesús explícitamente en diálogo con el Padre, porque Jesús muere rezando, y el rezar, el estar rezando es parte de ese acto redentor de Cristo.

En el fondo está el salmo 31: *«En tus manos pongo mi espíritu. Tú, Dios fiel, me salvarás»*, solo que Jesús lo personaliza, y no dice «Tú, Dios fiel», sino: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»*. Tiene absoluta confianza. No solo una confianza de seguridad de la protección divina, sino confianza filial, como hijo: *«¡Padre!, Padre»*. La muerte de Jesús es un acto de obediencia confiada en el Padre, y la mantiene en medio de su situación de oscuridad. No es un estado posterior al grito de *«¿Por qué me has desamparado?»*, sino un matiz, es un confiar en el Señor en la oscuridad misma, y ahí está en el seno del Padre: *«El Unigénito que está en el seno del Padre»*, *«sabiendo que venía de Dios y volvía a Dios, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo»*.

Dejemos resonar esa palabra en nuestro corazón, para aprender a poner nuestro espíritu en las manos del Padre, en nuestras oscuridades, en situaciones aparentemente insolubles, en nuestras tribulaciones, en nuestra enfermedad, en nuestra desesperación: *«en tus manos mi espíritu»*.

«E inclinando la cabeza, entregó el espíritu», dice san Juan. *Inclinó la cabeza* libremente, en un gesto de obediencia, con un sí al Padre. Antes de que la muerte le haga doblar la cabeza, Él la inclina, con el gran sí de Cristo a la voluntad del Padre, sí. *«Cristo – dice san Pablo –, es el amén al Padre»*, el sí al Padre.

«Y entregó el espíritu», en el sentido no de que murió simplemente, sino que dio su vida, *entregó el espíritu*. Y no solo eso, sino que entregó el Espíritu Santo al mundo, a la Iglesia que está a sus pies. *«Entregó el Espíritu»*, por su muerte nos da el Espíritu Santo.

La escena de la lanzada en san Juan hay que entenderla unida a ese *«entregó el espíritu»*. Aparece el significado de su costado abierto, de donde brota el don del Espíritu Santo. Muriendo, ha hecho posible que el Espíritu se comunicara al mundo. Y no solo eso, su humanidad glorificada es la fuente de comunicación del Espíritu Santo al mundo, de Él brota el don del Espíritu. Es lo que aparece en el costado abierto: la humanidad de Cristo entregada, fuente de comunicación del Espíritu Santo al mundo.

Fijemos la mirada en ese Cristo con su costado abierto. Fijemos la mirada como nos invita el Papa a hacerlo, a tener en Él puesto nuestro corazón para tener en Él nuestros ojos y nuestro espíritu. La Iglesia nos invita: *«Mirad el árbol de la cruz»*. No es simplemente venerar el dolor. La Iglesia no pretende que nosotros veneremos el dolor, ni es dolorista, sino que la Iglesia quiere que veamos el amor. Es ver *el Amor que da la vida*, ver ahí la fuente de donde brota la Iglesia misma, la sangre y el agua, los Sacramentos de la Iglesia.

Y hagamos eso levantando nuestra mirada, pedir al Señor que veamos. No basta mirar para ver. A veces miramos y no llegamos a ver, pero tenemos que **contemplar**, contemplar esperando que Él nos mire también. Y esta ha de ser nuestra postura, en la que terminemos este acto nuestro, este día nuestro de Viernes Santo: ¡contemplar!, contemplar. Dice san Agustín: *«También Cristo es el más hermoso de los hijos de los hombres»*. Y pregunta: *«¿Cómo es el más hermoso de los hijos de los hombres si dice el profeta que le hemos visto y no había en Él belleza ninguna, y estaba como rechazado de los hombres, como un gusano?»*. Y dice san Agustín: *«También Jesús en la cruz, para el que lo entiende, es mucha hermosura»*, ¡mucha hermosura!

Pues bien, contemplar para ver la hermosura del Amor Misericordioso de Dios que, por ese camino, nos abraza y nos abre el camino. Porque ese momento no fue simplemente un momento de locura de amor, sino que ahí se abre el amor para que nosotros entremos en la Vida y en el Amor.

Por eso, ¡contemplar! Cristo es el rostro del Padre misericordioso. ¡Contemplar! Y contemplando, **adoramos**, como Tomás, que cuando tocó la llaga del costado se postró en adoración: «*Señor mío y Dios mío*». Contemplamos. Contemplando adoramos. Adorando **bebemos** de esa fuente de Agua Viva «*permanece en medio de Jerusalén para lavar los pecados*». Y la adoramos filialmente, con una adoración no temerosa, con una adoración filial. Y la adoración filial se hace beso. Y en la tarde de hoy **besamos** el crucifijo. Ponemos en ese beso nuestra vida entera, con fe en Él, en su amor, pidiendo perdón y perdonando, unidos todos. Y besando, comulgamos, participamos de la Eucaristía, ese beso sacramental donde se perpetúa la inmolación de Cristo en amor. Contemplamos, bebemos, y donde se nos transfunde el amor con que hemos de amar también nosotros: «*Amaos unos a otros como Yo os he amado*».

Y podemos concluir con el poeta:

*«Delante de la cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así, mirando,
y sin ellos quererlo, estén llorando,
porque pecaron mucho, y están fríos.*

*Y estos labios que dicen mis desvíos
quédenseme, Señor, así, callando,
y sin ellos quererlo, estén rezando,
porque pecaron mucho y son impíos.*

*Y así, con la mirada en Vos prendida,
y así, con la palabra prisionera,
–como la carne a vuestra cruz asida–,
quédeseme, Señor, el alma entera.
Y así, clavada en vuestra cruz mi vida,
así, Señor, cuando queráis me muera».*

(Rafael Sánchez Mazas)